



Cómo Los Niños Fueron Alimentados

Doña Elena, una holandesa, quedó viuda con cuatro niños. El mayor de ellos, Hans, era niño de ocho años. Una noche la pobre madre se encontró sin comida en la casa y los niños tenían hambre. Se arrodilló y pidió a Dios pan para sus hijitos porque ella amaba a Dios y tenía confianza que Él la iba a socorrer. Cuando terminó su oración, Hans le dijo:

“Mamaíta ¿no nos cuenta la Biblia que Dios mandó a los cuervos que llevaran pan a un buen hombre cuando tenía hambre?”

“Como no”, contestó la madre. “Pero esto sucedió hace muchos años.”

“Eso no importa”, dijo Hans. “Yo creo que el Señor puede mandar cuervos hoy. Yo voy a abrirles la puerta para que ellos puedan entrar volando.”

Con un salto Hans se acercó a la puerta, dejándola abierta de par en par, permitiendo que la luz de la pequeña sala alumbrara la acera de la calle.

Muy pronto después, el alcalde del pueblecito pasó frente a la casa. Mirando la puerta abierta, se detuvo. Quedó mirando dentro de la casa. Se agradó al ver todo tan limpio y ordenado y a los cuatro niños contentos rodeando a su madre. No pudo hacer más que entrar, y acercándose a la viuda, la saludó:

“Con permiso, Señora. Buenas noches. ¿Por qué han dejado abierta la puerta a estas horas de la noche?”

Doña Elena se asustó un poco por la visita del caballero tan bien vestido, en la pobreza de su humilde casa. Se levantó rápidamente e hizo una reverencia delante del señor alcalde. Entonces, quitando el gorro de Hans y emparejando un poco su pelo desarreglado, dijo con una sonrisa:

“Lo hizo Hans, Señor mío, para que los cuervos pudiesen entrar trayéndonos pan.”

Ciertamente el alcalde se vestía de negro – saco negro, pantalón negro y sombrero negro. Todo su vestido era negro menos su camisa.

“Ciertísimo”, dijo el alcalde con una sonrisa. “Hans tiene razón. Aquí tiene el cuervo. Es muy grande como tú lo ves. Ven conmigo Hans. Te voy a mostrar dónde se encuentra el pan”.

El alcalde llevó a Hans a su casa y mandó a su criada a poner dos panes y un jarrito de mantequilla en una canasta. Esto lo entregó a Hans quien llevándolo, salió corriendo a la casa. Cuando los hermanitos vieron el pan, bailaron de gusto. Entonces la madrecita les dio a cada uno un gran pedazo de pan con mantequilla que ellos comieron con gusto.

Cuando habían terminado la comida, Hans abrió de nuevo la puerta y quitándose el gorro, miró a los cielos y dijo:

“Muchas gracias, mi buen Señor” y cerró la puerta.